



Nathacha Appanah

La noche
en el corazón

AdN

Nathacha Appanah

La noche en el corazón

Traducido del francés por Elia Maqueda

AdN

Título original: *La nuit au cœur*

Primera edición: septiembre de 2026

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Gallimard, París, 2025

© de la traducción: Elia Maqueda, 2026

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-53-8

Depósito legal: M-12723-2026

Printed in Spain

La habitación imaginaria

No son malos del todo.

Si hubiese un modo de exprimirlos para extraerles el jugo, dicho jugo no sería del todo imbebible, no; a veces, por debajo del amargor envenenado, quedaría un regusto dulce. Si hubiese un modo de pasarles una apisonadora por encima para convertirlos en láminas planas, esas láminas no serían totalmente opacas e inquietantes como el fondo de los mares, no; tendrían alguna que otra transparencia y nervaduras que les darían una apariencia vulnerable. Si hubiese un modo de reducirlos a un polvo fino, ese polvo no sería del todo tóxico, no; algunas partículas flotarían a la luz del sol y, al mirarlas, podríamos adivinar un baile inocente.

MB es albañil. Nació en Argelia, cerca de un puerto donde los barcos descargan las sardinas a montones. Al sol, dentro de su red, los peces brillan y se mueven como un trozo de metal fundido. MB es el menor de varios hermanos, y esa posición le granjea la protección y la indulgencia de todos ellos. Le han contado que era un niño muy guapo. Tenía el pelo largo y sedoso, y cara de querubín. Suscitaba la envidia y los celos de sus amiguitos. MB adora a su madre, una madre coraje que lo mimaba y lo anima a ser bueno en el colegio, a obedecer, a hacer estudios superiores. Le cuenta que ella era muy buena

alumna en la escuela, pero qué iba a hacer, no nació en la época ni en el país adecuados. Ella respeta y sufre las tradiciones patriarcales: el matrimonio concertado, la interrupción de la escolarización, el nacimiento de ocho hijos a un ritmo regular, la sumisión a un marido autoritario, a veces violento y a menudo ebrio. A pesar de todo el amor y el respeto que le profesa a su madre, MB no hace caso a sus consejos y abandona el colegio a los catorce años. Quizá porque quiere librarse del yugo familiar, ser independiente, seguir los pasos de sus hermanos mayores, que ya trabajan. Cerca de la playa y del puerto de su localidad natal, empieza a vender cacahuetes, cigarrillos y a veces sardinas en el embarcadero. En esos años en los que aún se tiene un cuerpo adolescente y un aspecto despreocupado, eso se llama apañárselas. MB flirtea un poco con las chicas, pero no tiene nada serio. A los veintitrés años, deja su país natal y se va a Francia, donde se han instalado algunos familiares suyos. Encuentra trabajo como aprendiz en el ámbito de la construcción. Las jornadas son largas y duras. Prepara el mortero, corta la madera, transporta el material, limpia, aprende un oficio de verdad. Obedece. Está dispuesto a hacer todas estas cosas, no se queja del trabajo. Hace esto, va para allá, trae esto otro, lleva aquello. Su cuerpo entero trabaja, se robustece, se muscula, se reafirma, se especializa. Cuando se convierte en albañil, está orgulloso. Ahora puede enseñar a los aprendices a hacer empalmes, a instalar herrajes, a levantar una obra de hormigón. Explica, regaña, tal y como lo regañaron a él. Dice: «haz esto, ve para allá, trae esto otro, lleva aquello». Los sábados por la mañana, MB se despierta con agujetas y contento de haber trabajado sin descanso desde el alba hasta el crepúsculo los primeros cinco días de la semana, de haber hecho algo útil con su vida, de tener un contrato indefinido en una constructora importante, de ganarse la vida sin deberle nada a nadie. No es poca

cosa ese sentimiento; quizá sea lo que al fin hace que se sienta un hombre, como su padre, como sus hermanos. MB sufre una calvicie incipiente que trata de ocultar rapándose. ¿Puede que a veces se pase la mano por la cabeza rapada pensando en el pelo largo de su infancia? Le gustan los zapatos bonitos y bien encerados, los abrigos de lana ceñidos, las gafas de sol de moda, sobre todo las de aviador. Le gusta seducir, hacer regalos, sabe tratar a las mujeres, tiene labia. Cuando le piden que se describa en dos palabras, elige las siguientes: «adorable» y «trabajador». Algunos sábados por la noche, MB se relaja. Sale de fiesta, bebe, fuma, baila. Viéndolo así, feliz, libre y orgulloso, no te lo imaginas.

RD trabaja como chófer en un ministerio importante. Desde que tiene memoria, siempre le han dicho y repetido que era guapo. Sus padres, sus hermanos, sus primos, sus tíos, sus vecinos. Son sus ojos color café con leche lo que llama la atención, y es que, en ese país de gente morena y de ojos oscuros, la belleza reside a menudo en la palidez de los atributos: una piel blanca, el pelo trigueño, los ojos claros. Lo llaman «el chico de los ojos marrón castaño» para recalcar que no es un marrón normal, sino un marrón bonito, rico y fértil y compacto, como la tierra de aquí. RD nació en un pueblo rodeado de una naturaleza exuberante. Las hojas de los árboles son gruesas, hinchadas de savia, y la tierra siempre es fecunda. La vida con su familia es modesta, a veces frugal. De adolescente, crece rápido, mucho más rápido que los demás muchachos, como si hubiese aprendido a alimentarse de todos esos cumplidos y miradas de admiración, y pronto les saca más de una cabeza a todos. Pero, aunque sabe que es guapo, RD no es arrogante ni pretencioso. Su sonrisa es franca; él es cortés, simpático, encantador incluso. Las chicas están enamoradas de él en secreto. Con los mayores es respetuoso y

servicial. Su vida escolar se desarrolla sin contratiempos y es uno de los cientos de alumnos que terminan la formación elemental sin un proyecto definido, sin ninguna pasión. Cuando lo contratan como chófer en el ministerio, se le presenta la oportunidad de su vida. Ahora es funcionario y no puede pasarle nada o casi nada. A sus padres les alivia que tenga ese puesto con el que muchos soñarían: la seguridad del trabajo de funcionario sin el tedio gris de las oficinas. A RD le gusta su trabajo de chófer. Lleva y trae a la ministra y a los altos cargos, y su sedán negro brilla bajo el sol de este país. No es poca cosa conducir esos coches, llevar a esa gente, oír conversaciones secretas y conocer las manías y costumbres de los poderosos. Es todo un logro, para el hijo de un agricultor como él, saber leer un gesto de asentimiento, una mirada. Todos lo aprecian y tiene un porte orgulloso, hay que reconocerlo, cuando conduce por las carreteras bordeadas de palmeras de la capital, cuando enfila la autopista con su potente vehículo. Desempeña su trabajo con la discreción necesaria y, cuando a veces, en familia, le hacen preguntas un poco indiscretas sobre la «verdadera vida» de los políticos, él esboza una sonrisa tímida, le brillan los ojos «marrones marrones», pero no dice nada, no revela ningún secreto. Se siente orgulloso de ocupar ese puesto y es una satisfacción que supera su simple trayectoria personal. A veces le parece acarrear el orgullo del camino de su familia, de sus ancestros, de toda su clase social. No es poca cosa sentirse depositario de esa herencia, y por eso RD se ve como un hombre que ha triunfado, que ha encontrado su lugar. Si le pidiesen que se describiera, diría: «Soy un hombre de familia». De vez en cuando, por las noches, va a casinos y salones de juego donde nunca antes se habría atrevido a poner un pie. Es un pequeño placer que se permite. Juega con la certeza ilusoria de que nunca perderá el control. Viéndolo así, relajado y sonriente, no te lo imaginas.

HC es periodista y poeta. Nació durante la Segunda Guerra Mundial, pero en esta isla británica alejada del conflicto no tiene mucho sentido precisar eso, pues no determina un rasgo positivo de la personalidad, no deja ninguna marca indeleble. En este país colonizado, aprendió otros idiomas diferentes al materno y destacaba en la escuela. Su familia es muy piadosa, muy practicante, incluso podría decirse que beata, pero eso no evita los secretos, la violencia familiar ni los sentimientos tan reprimidos que se agrian. Su padre pegaba a su madre con regularidad y, un día, de adolescente, HC se hartó. Intervino: se arrojó a los brazos de aquel hombre temido y respetado y lo rodeó con los suyos. Estalló en sollozos: «¿Por qué, padre, por qué?». HC ha olvidado la respuesta que recibió de su padre, pero dice que nunca le volvió a levantar la mano a su madre. Su hermana se hizo religiosa de una orden estricta y se retiró del mundo tras los altos muros de un convento. Se cambió de nombre y él, cuando habla de ella, utiliza ese nuevo nombre elegido, no el de la infancia, respetando así la fe y el compromiso de esta joven. Para verla hay que presentar una solicitud por escrito ante la madre superiora de la orden. A HC le gusta el deporte, el boxeo y el atletismo en particular. Lee muchísimo, con avidez, con un ojo crítico y displicente. También escribe relatos y poemas. Habla con soltura e inteligencia. Podría ser uno de esos jóvenes de los sesenta que hablan de Marx, de Bourdieu, de Fanon, de Césaire durante horas, y luego salen a la calle a reclamar la independencia. Pero algo le impide ser feliz, ser perfectamente libre. Es una sombra invisible, nota su peso, oye su voz nasal. Cree que es por su infancia difícil, por su padre a veces brutal, por su madre silenciosa; en ocasiones cree que es este país gangrenado por las desigualdades; se dice que es la historia de su pueblo, que

le pesa, y escribe sobre los esclavos negros de pie en lo alto de las colinas, a punto de lanzarse al vacío. HC entra en el seminario. Dos hijos de la misma familia al servicio de Dios; eso es un honor y una bendición para algunos padres. Una vida de contemplación y oración, de espaldas al mundo: quizá sea eso lo que desea en el fondo. Allí HC encontrará, cree, una paz y una serenidad que no había conocido. Pero es difícil poner toda su vida al servicio del Evangelio para este hombre de cuerpo fuerte, espíritu original y grandes apetitos carnales. HC acaba abandonando. Enseña, escribe relatos y poemas, corre, boxea, se hace entrenador de atletismo, trabajador social y, finalmente, periodista. Algunos lo llaman el «gurú», el «mentor». Las jóvenes periodistas creen que es «brillante», «genial». Sin embargo, nunca es la primera pluma del periódico; son otros los poetas recompensados y editados en París. Cuando sus atletas ganan, él se queda entre bambalinas, ausente de ese momento de alegría pura y ardiente. En las pocas fotos donde sale, hay que buscarlo bien. Siempre está en una esquina, a contraluz, en la última fila. Parece que lo hiciese adrede. HC no es guapo, pero su presencia resulta palpable en una habitación. Tiene un cuerpo enorme y musculoso, las orejas anchas y planas, una nariz que parece una pera aplastada, los ojos pequeños, hundidos en las órbitas, y los labios carnosos. Suele llevar sobrecamisas con bolsillos. Siempre va muy recto y parece albergar una gran cantidad de sabiduría, de pensamientos, de fantasías, de remordimientos, de opiniones. Hay un océano en ese cuerpo. HC sabe que ha fracasado en algo, pero cree que en parte es culpa de los demás, de quienes lo desviaron de su primer camino, de quienes le robaron ideas, de quienes le quitaron el sitio. Ya no escribe poesía, o muy poca, pero, si tuviera que describirse, diría: «Soy poeta». No es poca cosa pensar eso de uno mismo. Por la noche, investiga sobre la vida del célebre explorador Ibn Battuta, lee

obras académicas sobre Magallanes o sobre la historia de las Mascareñas, estudia mapas antiguos. HC excava en el pasado, en los primeros caminos de los navegantes; busca algo en ellos, un elemento histórico que nadie haya descubierto, un misterio de cuya existencia solo él sospeche y cuyo descubrimiento sería extraordinario, o eso cree. Ese es su gran proyecto. Viéndolo así, en su sillón de piel, fumándose un cigarro, leyendo como si estuviera solo en el mundo, no te lo imaginas.

Meto al albañil, al funcionario y al poeta en una habitación vacía, sin más abertura que una imposta en alto, fuera de su alcance.

Se miran frunciendo el ceño, sin comprender el porqué de su presencia aquí, los tres juntos. No se conocen, nunca antes se han visto. Piensan en los motivos que pueden haberlos traído hasta aquí, pero no los encuentran. Ni por un segundo se acuerdan de sus respectivas mujeres; no se imaginan que puedan tener algo que ver en esta historia.

Buscan la puerta, pero esta habitación no tiene salida. La luz de la imposta les llega en una neblina amarillenta, lo justo para revelar los rostros, los cuellos, las manos, pero es una luz cansada, sin calor, sin perdón. Es imposible encontrar consuelo alguno en ella.

El chófer es quien da el primer paso. Se presenta a los otros dos, les tiende la mano, con una sonrisa en los labios; él, que no ha olvidado cómo lucirse. El albañil, desconfiado, no dice nada al principio, sigue rozando las paredes con los dedos, buscando los contornos de una puerta, golpeando a veces aquí y allá en busca de un punto hueco, un punto lleno. Durante unos minutos, vuelve a ser el albañil experimentado y acaba hablando de su oficio para decir que él sabe de muros, de hormigón, de mortero. El poeta se queda quieto y en silencio.

Lo observa todo, con los pensamientos escondidos como quien oculta las garras.

En esta habitación imaginaria, porque solo aquí puedo reunirlos, porque solo aquí puedo dominar el relato, invertir los roles, convertirme a mi vez en un pequeño verdugo, ejercer un poder de control y de fascinación, exigir escucha y silencio...; en esta habitación imaginaria los dejaré marinar un poco, a ellos, que creen que no tienen nada en común. Seguirán inspeccionando el lugar como quien mea contra las paredes, pedirán auxilio en vano, hablarán y discutirán.

En esta habitación que solo existe en mi cabeza hay un dispositivo que accionaré cuando se resignen. Quizá ahora estén sentados, con la espalda contra la pared y las piernas extendidas. Es un dispositivo que les impedirá fingir locura, amnesia, que les prohibirá hablar de responsabilidad compartida.

En este espacio vidrioso no habrá lugar para las explicaciones psicologizantes, que solo sirven para disculpar a los culpables, para suscitar empatía y para borrar a las víctimas.

Aquí, en este lugar que parece un reverso donde toda la suciedad queda a la vista, este albañil, este funcionario y este poeta estarán, con la boca cerrada, a merced de esta historia.